



"Un profesor trabaja para la eternidad: nadie puede decir dónde acaba su influencia".
Henry Adams

Un profesor feliz puede cambiar el mundo

Por Sonia Kraemer
(skraemer@usfq.edu.ec)

En general, todos hemos tenido un profesor que nos ha cambiado, que transformó nuestra visión para siempre. Yo tuve esa suerte. Freddy Sosa fue mi profesor de Arte en el colegio y también de Literatura e Historia Universal. Él me hizo recitar poesía en distintos idiomas, hacer obras de teatro, escuchar las historias de Ulises y Aquiles como si fueran la última película taquillera, y cuando sonaba la campana que anunciaba el recreo, no queríamos salir de la clase para saber qué le había pasado, esta vez, al héroe griego.

Tuve la fortuna de volver a encontrar a este profesor en la universidad, y que me diera clases de Estética e Historia del Arte. Con él tuve interminables discusiones en y fuera de clase sobre mística, belle-

za, arte. Si yo me dediqué a la docencia es debido a este profesor. Cuando lo oía hablar de tantos temas, con su amplia cultura y reflexiones, yo quería ser así. Era un modelo para seguir. Me hizo leer y analizar a Platón, a Kant, a Hegel, a Heidegger. Me ayudó a aprender a pensar por mí misma, a ser crítica, a repensar lo ya pensado. Una vez me dijo "no te plagies a ti misma, vuelve a leer y pensar sobre tus reflexiones anteriores".

Cuando lo oía hablar de tantos temas, con su amplia cultura y reflexiones, yo quería ser así. Era un modelo para seguir. Me ayudó a aprender a pensar por mí misma, a ser crítica, a repensar lo ya pensado.

Este profesor y mentor en Historia del Arte falleció hace un año. Su influencia en las generaciones que tuvimos la fortuna de conocerlo es impercedera. Creo que estará viajando por el silencio y haciendo poemas a las nubes a su paso. Sé que no tenía miedo a la muerte ni a la nada, decía "la muerte es perfecta, la vida no", pero obviamente él prefería lo imperfecto.

En uno de sus poemas decía: "Nada tiene de alarmante la muerte/ Lo terrible es la vida/ lo escalofriante y hondo/ lo incomprensible/ es el polen que vuela/ el sol que nace/ la espiga que revienta/ Lo sobrecogedor/ lo inexplicable/ es el alba y la música/ la corteza del pan/ o los labios de una mujer dormida"

Una sola persona puede cambiar el mundo. Creo que un buen profesor puede ser una de esas personas. Pero para que un educador lo logre necesita primero cambiarse a sí mismo, necesita ser feliz, sentirse realizado, tener pasión por lo que hace.

Nunca me ha gustado o parecido justa esa frase de la cultura popular que dice: “Aquellos que no saben hacer, enseñan”, pues pone a la educación en el último lugar de la sociedad: la educación es para los fracasados en otros aspectos del conocimiento.

Los educadores deberían ser venerados, como decía Aristóteles: “Aquellos que educan bien a los niños merecen recibir más honores que sus propios padres, porque aquellos solo les dieron vida, estos el arte de vivir bien”. Hoy en Finlandia, los estudiantes más brillantes quieren ser educadores.

Hace unos tres años participé en un curso llamado Los educadores felices cambiarán el mundo, dictado por monjes zen del linaje del maestro vietnamita Thich Naht Hahn. Este curso fue profundamente amoroso y compasivo. Enseña a educar sin sancionar, a usar la campana, como se hace en los monasterios, para ayudar a los alumnos a regresar al momento presente.

En nuestro entorno, lamentablemente, la educación es percibida como una carrera de segundo nivel.

Hace unos tres años participé en un curso llamado Los educadores felices cambiarán el mundo, dictado por monjes zen del linaje del maestro vietnamita Thich Naht Hahn (1926). Este maestro ha sido un pionero en la lucha por la paz.

Caminó con Martin Luther King para protestar silenciosamente por la guerra de Vietnam, fue nominado para el premio Nobel de la Paz y aun sigue siendo una inspiración para miles de discípulos en todo el mundo a sus 93 años.

Este curso fue profundamente amoroso y compasivo. Enseña a educar sin sancionar, a usar la campana, como se hace en los monasterios, para ayudar a los alumnos a regresar al momento presente, a ser conscientes de nuestras palabras, que estas sean compasivas, a tener una escucha profunda, a saber oír lo que las nuevas generaciones necesitan, a olvidar nuestra arrogancia.

Este tipo de formación es fundamental para cualquiera que quiera seguir esta vía, la educación. Tal como decía Nelson Mandela: “La educación es el arma más poderosa para cambiar el mundo”.

